



Los Profetas bíblicos

CURSO BÍBLICO – AÑO PASTORAL 2023-2024

PROFETISMO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO¹

«¿Caminan juntos dos que no se han puesto de acuerdo? ¿Ruge el león en la espesura sin tener presa?, ¿grita el cachorro en la guarida sin haber cazado?, ¿cae el pájaro al suelo si no hay una trampa?, ¿salta la trampa del suelo sin haber atrapado?, ¿suena la trompeta en la ciudad sin que el vecindario se alarme?, ¿sucede una desgracia en la ciudad que no la mande el Señor? No hará tal cosa el Señor sin revelar su plan a sus siervos los profetas. Ruge el león, ¿quién no temerá? Habla el Señor, ¿quién no profetizará?» (Am 3,3-8).

Premisa

La historia de Israel está marcada por la palabra profética. Con sus intervenciones, los profetas tienen el objetivo principal de reconducir al pueblo a la fidelidad a la alianza, invitando a la conversión, fomentando la adhesión al Señor.

Para comprender qué era la profecía en Israel, es útil mencionar su especificidad con respecto al fenómeno profético de las antiguas religiones del Medio Oriente, recordar quiénes fueron los profetas bíblicos y su función en su tiempo.

1. Profecía extrabíblica

Las grandes religiones han inspirado a personas que afirmaban tener acceso a la divinidad para conocer su voluntad y penetrar en el futuro. En un sentido amplio podemos hablar de profecía. El fenómeno también está presente en las religiones antiguas de los pueblos cercanos a Israel.

Egipto

En la rica tradición cultural-religiosa de Egipto se conocen algunos textos proféticos.

Habitualmente la profecía la daba un sacerdote que utilizaba diferentes técnicas, como la interpretación de los sueños, el movimiento de la cabeza o las mandíbulas de una estatua hábilmente maniobrada. En estas profecías no hay rastro de inspiración ni de iniciativa divina.

Sumerios

Entre los sumerios se practicaba la adivinación, la magia y los hechizos contra los espíritus malignos. En los templos se podían encontrar gremios de magos, los *uzu*. Algunos recurrieron a su dios para conocer y cambiar el curso de los acontecimientos.

¹El texto de referencia de esta sección es G. Cavallotto, *Il grido dei Profeti*. Parole senza tempo, Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2023

Asirios-babilonios

Estos pueblos también dejaron numerosos vestigios de magia y adivinaciones. Los términos *asipu*, *baru* y *sha'ilu* indican adivinos y exorcistas. Sacaron sus predicciones de la observación de las entrañas de los animales, la dirección del humo y el vuelo de los pájaros.

Algunos adivinos pronunciaban sus oráculos mientras caían en trance o a través de experiencias de éxtasis.

Mari

El reino de Mari estaba formado por tribus arameas, antepasados de los judíos.

Quizás una de estas tribus fuera el clan de Téraraj, el padre de Abraham. Téraraj emigró de Ur a Harán, de donde partió Abraham hacia Canaán (cf. Gn 11,31-32).

Entre otros documentos, en Mari se encuentran mensajes enviados a un soberano por una deidad a través de hombres extasiados que podrían ser personas implicadas en el culto o laicos. La manifestación de los oráculos se producía a menudo a través de un sueño, una experiencia de éxtasis-trance, a veces en postración ante la estatua del dios, así como a través del interrogatorio de los adivinos.

Analogías e independencia

¿Podemos hablar de un vínculo entre la profecía extrabíblica y la israelita?

Algunas analogías o similitudes son innegables, como la presencia de "videntes", portadores de mensajes considerados de origen divino, el predominio de la transmisión oral, el énfasis dado al éxtasis, la asociación de amenazas y castigos.

Sin embargo, las diferencias son relevantes.

La profecía en la Biblia se basa en una relación profunda del vidente con Dios: el profeta bíblico no recurre a la magia y propone oráculos no sólo a los gobernantes sino también a todo el pueblo; anuncia castigos, pero con miras a la conversión y pretende dar a conocer a Dios y su plan de salvación.

Además, mientras la profecía extrabíblica, más ligada a fenómenos de adivinación, magia y predicciones del futuro, no tiene posiciones críticas hacia el poder, la profecía bíblica, atenta a la justicia social, expresa oposición a las políticas opresivas, cuestiona la pompa y la opulencia de la corte real, denuncia la corrupción, la injusticia y la explotación de los más débiles e indefensos.

Sobre todo, el profeta bíblico es un fiel intérprete y anunciador de la palabra de Dios, aunque sea incomprendido y rechazado como Amós, Jeremías y, antes, Elías.

En definitiva, se puede afirmar que la profecía bíblica tiene una identidad propia, original y específica. Puede que deba cierta influencia a las religiones vecinas, pero no depende de ellas.

2. Profetismo en Israel

En la Biblia, al profeta se le llama con más frecuencia ***nabî*** que significa "*convocado*", "*llamado a hablar*". Otras veces se llama *hōzeh* o *ro'eh*, que significa "vidente".

El profeta es anunciador de la palabra de Dios, pero también *mediador* e *intercesor*, es guía y maestro, suele intervenir como acusador de infidelidad al Señor y a menudo como oponente de la violencia y la codicia, es regularmente un defensor de los débiles y un promotor de la justicia. La misión del profeta se basa en un don carismático que, a diferencia del sacerdocio judío, no se transmite de padres a hijos.

Los profetas o videntes se encuentran en la época de los patriarcas, en la época de los jueces y de los primeros reyes, en el período preexílico, a partir del siglo VIII, y en el post-exilio, hasta el siglo III. Se puede recordar la presencia y el papel de los profetas en los principales períodos de la historia de Israel.

Era de los patriarcas

En el libro del Génesis, **Abraham, Isaac y Jacob** son descritos con rasgos de videntes.

A través de sueños, visiones, a veces diálogos directos con el Señor, reciben una revelación divina, transmiten el mensaje recibido, mantienen contacto con Dios y son guías autorizados de un clan.

En el Pentateuco se les califica como nabî', también a **Aarón** como portavoz de Moisés (cf. Ex 7,1), **María**, hermana de Aarón, cuando canta el cántico de victoria (cf. Ex 15,20).

En particular, se define como nabî' a **Moisés**, el mayor de todos los profetas: «*Nunca más surgió en Israel un profeta como Moisés*» (Dt 34,10).

Moisés se comunica con el Señor "cara a cara". Se presenta a sus compatriotas a orillas del Nilo como enviado del Dios vivo. Conduce al desierto al pueblo elegido, al que transmite la ley del Señor. Reprende severamente y no deja de interceder por su comunidad. Encuentra resistencias y protestas, pero continúa hablando con el pueblo y con Dios, por quien es llamado "mi siervo" (Nm 12,7.8; Jos 1,2.7).

Era de jueces y primer período monárquico

Después de la conquista de la promesa oscura, el término *nabî'* parece más frecuente.

En el libro de los Jueces encontramos a **Débora** designada con el nombre de "profetisa" (Jue 4,4). Ella aparece como una guía inspirada, resuelve controversias, elige a Barak que, por orden del Señor, deberá derrotar al ejército de Sisar.

Gedeón también tiene rasgos proféticos. En una visión, el Señor le confía la misión de salvar al pueblo de los madianitas y le asegura su ayuda (cf. Jdc 6,16).

A su vez, **Samuel** es reconocido como vidente por todo el país (cf. 1Sam 9,11-14): «*Samuel creció y el Señor estaba con él, ni dejó que ni uno solo de sus palabras se desperdician. Por tanto, todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, supo que Samuel había sido constituido profeta del Señor*» (1Sam 3,19-20).

En el siglo IX, se dedican dos ciclos narrativos a **Elías y Eliseo** que ponen de relieve su misión profética (cf. 1Re 17-19,21; 2Re 2-13).

La figura notable es la de **Elías**. Es explícita su oposición a Acab, a quien reprocha haber arruinado a Israel, porque «*tú y tu casa habéis abandonado los mandamientos del Señor y habéis seguido a los Baales*» (1Re 18,18). En particular, Elías reprocha al rey el asesinato de Nabot (cf. 1Re 21). Especialmente en la victoria sobre los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal en el Monte Carmelo, Elías, consciente de haber quedado «*solo como profeta del Señor*» (1 Reyes 18,22), en oración en el momento de ofrecer el sacrificio pide su identidad de vidente por revelar: «*Hoy se sabrá que tú eres Dios en Israel y que yo soy tu siervo y que he hecho todas estas cosas por tu palabra*» (1Re 18,36).

Eliseo, sucesor de Elías, continúa las huellas de su maestro, aunque destaca su participación en la vida política: resuelve una complicación diplomática del rey Joram con la curación de Naamán, enfermo de lepra (cf. 2Re 5,8); interviene en empresas militares (cf. 2Re 6,8-23); ante el comportamiento corrupto de la dinastía de Acab, envía a uno de sus discípulos a ungir rey al general Jehú (cf. 2Re 9,1-13).

También encontramos una larga lista de profetas activos en la corte del rey.

Podemos recordar a **Gad** que, vidente y consejero de David, se presentó ante el rey para reprocharle su inadecuado censo del pueblo, porque lo consideraba un acto de desconfianza hacia el Señor (cf. 2Sam 24,10-14).

Y nótese, pues, la postura valiente del profeta **Natán**, que no sólo interviene para disuadir a David de su intención de construir un templo (cf. 2 Sam 7,8-16), sino que en nombre del Señor lanza duras palabras de condena del rey por su pecado (cf. 2Sam 12,1-12).

Además de la presencia de videntes individuales; en este período encontramos **grupos de profetas** con el nombre de *nabî'im*.

En primer lugar, hubo "**grupos extáticos**" itinerantes que recorrieron el país. Por regla general, para alcanzar el éxtasis recurrían a la música, cantando con gritos ininteligibles.

Habitualmente estos profetas vivían en grupos, a veces numerosos, de hasta cincuenta personas, como los "hijos de los profetas" que acompañaron a Elías y Eliseo al Jordán (cf. 2Re 2,7). Vivían en chozas, se alimentaban de los productos del campo y de las ofrendas de los clientes, y vestían una capa de piel como los nómadas del desierto.

También vale la pena mencionar los "**círculos de discípulos**". Eran grupos de profetas que a menudo convivían en torno a un líder o maestro, como Elías y Eliseo (cf. 2Re 2; 4,38; 6,1), al que llamaban "señor" o "padre". Se sentaban a sus pies para escuchar sus enseñanzas y normalmente vivían con él. Estos grupos solían tener una conexión con un santuario, como Betel (cf. 1Re 13,11), Galgala y Jericó (cf. 2Re 2,1-4).

Finalmente, es necesario recordar la presencia de "**grupos cultistas**": profetas del culto vinculados a santuarios nacionales. El rey los consultaba y normalmente les pagaba la corte.

La presencia de estos diferentes grupos de profetas se atestigua durante la época monárquica. Muchos grupos estaban formados por conservadores atraídos por la religión de los patriarcas y opuestos a las costumbres cananeas.

La relación de estos profetas con el poder no está del todo clara. Algunos se comportaron como profetas de la corte, con oráculos favorables al monarca, otros expresaron posiciones críticas. Incluso Saúl, en un momento difícil de su gobierno, recurrió a uno de estos profetas para conocer los pensamientos de Dios (cf. 1Sam 28,6).

La presencia de cofradías similares de profetas se mantuvo en el tiempo, hasta el post-exilio.

Era de la monarquía dividida y exilio

En rigor, el fenómeno profético nació con Samuel, se desarrolló en el período que siguió a la división del reino del Norte del Sur, y continuó en el post-exilio hasta llegar a la era helenística. En esta extensa temporada, que va del siglo VIII al IV y más allá, los grupos proféticos no han desaparecido, pero emergen personajes individuales de fuerte personalidad y fuerte carisma.

Algunos profetas actúan en el período previo al exilio, otros durante y después del exilio.

Antes del exilio

Este período abarca aproximadamente trescientos cincuenta años: desde la división de Israel de Judá, tras la muerte de Salomón en 931, hasta la destrucción del templo de Jerusalén en 587 con la deportación y el fin de la monarquía.

El reino del norte tenía como principal centro espiritual el templo de Betel, encargado por Jeroboán I, mientras que el reino del sur hacía referencia al templo de Jerusalén, construido por Salomón y, con la reforma de Josías, reconocido como el único culto. centro.

A nivel político, el escenario del Antiguo Cercano Oriente estuvo ocupado primero por **Asiria** y luego por Babilonia. El imperio asirio, cada vez más poderoso, extendió su dominio sobre el reino de Israel. En 721 Sargón II conquistó y destruyó la capital Samaria y deportó a parte de la población. El reino del norte, que se había convertido en provincia asiria, perdió su independencia. Numerosos sacerdotes, escribas y discípulos de profetas se refugiaron en el reino del sur, especialmente en Jerusalén. Con el avance del ejército asirio hacia el sur, primero fueron conquistadas cuarenta y seis ciudades de Judea, luego Senaquerib puso sitio a Jerusalén, que levantó después de tres años, en 701.

Judea, anteriormente un reino vasallo de Asiria quedó bajo el dominio de **Babilonia**. En 597 Jerusalén fue tomada con la primera deportación; en 587 siguió la destrucción de la ciudad santa, el templo y la deportación de Sedequías. Judea se convirtió así en una provincia babilónica.

Junto con la explotación de las clases bajas, creció la brecha entre ricos y pobres.

Incluso a nivel religioso, el pueblo elegido experimentó un nuevo revés: un abandono progresivo de la alianza y de la Ley, un culto formal más extenso, un sincretismo generalizado favorecido por algunos reyes como Acab en Samaria y Manasés en Judea.

Entre las voces proféticas de este período se encuentran las intervenciones de **Amós** en el norte y **Miqueas** en el sur contra la injusticia rampante, sobre la que luego expresaron también su firme condena **Isaías, Sofonías y Jeremías**.

Se acusaba sobre todo la explotación y expropiación de los pobres, la corrupción de jueces y el despojo de los derechos y de la dignidad de las personas.

Particularmente extenso, además, fue el recordatorio de la infidelidad de los líderes, los administradores y el pueblo por parte de **Oseas, Isaías y Jeremías**. En este período, que precede al exilio, prevalece en la predicación profética un juicio de condenación por parte del Señor.

La negativa a escuchar la palabra de los profetas y la no conversión tendrán como resultado la destrucción del país, interpretada por los profetas como un castigo divino.

Exilio y post-exilio

El exilio duró sesenta años, desde la primera deportación en el año 597 hasta el edicto de Ciro en el año 538 con el que, además del permiso de repatriación, se autorizaba la reconstrucción del templo de Jerusalén.

De hecho, sólo grupos limitados de exiliados regresaron a sus países.

No fue un regreso feliz. Los retornados encontraron una ciudad todavía en ruinas y el templo destruido, que no fue reconstruido e inaugurado hasta el año 515.

El país, sin rey, había perdido su independencia y se había convertido en una provincia del imperio babilónico, sometida a leyes extranjeras, agobiada por impuestos imperiales, administrados por funcionarios decididos por Babilonia.

Los retornados se encontraron con problemas: el de la supervivencia cotidiana agobiada por la pobreza, así como las fricciones y conflictos con los residentes que habían ocupado sus hogares y sus campos, así como la necesidad de reconstruir un tejido social y comunitario.

La situación social y religiosa de Israel durante el período persa, que duró unos doscientos años, no mejoró con la llegada de los nuevos gobernantes.

En 333, **Alejandro Magno** aplastó al ejército persa y rápidamente extendió su imperio por el Medio Oriente. Bajo el rey macedonio y sus sucesores, hubo una influencia creciente de la cultura helénica (pensamiento, escuelas, costumbres, tradiciones religiosas) y de la difusión de la lengua griega también en las comunidades judías.

En los siglos IV y III, Jerusalén y Judea fueron disputadas y dominadas alternativamente por los Ptolomeos y los Seléucidas. Con **Antíoco IV Epífanés** (187-175) el pueblo judío, humillado por una política antirreligiosa, sufrió limitaciones en el culto, persecución y sufrimiento.

A los problemas económicos y sociales se añadió la necesidad de recuperar su identidad religiosa y de emprender un camino de renacimiento frenado por la incertidumbre y sin perspectivas.

En estos siglos los profetas prefieren mirar hacia el futuro y su mensaje se caracteriza sobre todo como anuncio de la intervención salvadora de Dios.

Tras la noticia de la destrucción de Jerusalén, **Ezequiel**, en la segunda parte de su libro (cc. 33-48), propone un mensaje de esperanza: regreso de los exiliados, reconstrucción de la ciudad santa, renovación espiritual del pueblo, creación de un templo ideal y comienzo de un nuevo culto. El mensaje del **segundo Isaías** (cc. 40-66) se centra también en el regreso de los exiliados, presentado como un segundo éxodo, y en el renacimiento de Israel.

Ageo y **Zacarías** también miran al futuro: invitan a reconstruir el templo para lograr la prosperidad del país y acercar al pueblo a Dios.

Malaquías y **Joel**, con su acentuado nacionalismo, creen que el futuro del pueblo está ligado a una identidad religiosa redescubierta: centralidad del templo, retorno a la fidelidad conyugal original, rechazo de los matrimonios mixtos.

En el libro de **Jonás**, sin embargo, encontramos una perspectiva diferente: la de la salvación extendida a los ninivitas e, implícitamente, a los pueblos paganos.

Entre los últimos profetas encontramos el libro de **Daniel**, en cuya visión apocalíptica la atención se dirige a la expectativa de una intervención extraordinaria del Señor: los imperios humanos serán reemplazados por el reino de Dios.

En definitiva, observamos cómo los profetas, en su predicación expresan dos preocupaciones diferentes y complementarias:

- los que estaban antes del exilio miran el presente,
- los que están después del exilio miran el futuro.

Los primeros se centran en el juicio de condenación y conversión del Señor, los segundos en el anuncio de la salvación y la invitación a la esperanza.

3. Papel del profeta

Los grandes personajes de la historia de Israel no son los reyes ni los líderes militares sino los profetas. Dios llama a un miembro de su pueblo y lo envía como mensajero de su palabra para guiar e instruir a sus hijos, para reavivar su fe.

La Septuaginta tradujo *nabi'* con "*prophétes*", de donde deriva nuestro "profeta".

La palabra griega *prophétes* está compuesta por el verbo *phemí*, es decir, "*hablar*", y la preposición *pró*, que puede significar tanto "*en lugar de*" como "*delante de*", pero también puede tener valor enfático en el sentido de *hablando con autoridad*.

Se puede decir pues que ambos términos, *nabî'* y *prophètes*, con diferentes acentos, sitúan la "palabra" en el centro: el profeta elegido es enviado a anunciar la palabra en lugar de Dios, a decir la palabra ante reyes, líderes, jueces, comerciantes, sacerdotes y el pueblo.

El profeta bíblico, aunque sea inaudito o rechazado, es un eco fiel, un espejo claro, un testimonio creíble de la palabra de Dios, proclamada con predicación y vida.

Los rasgos fundamentales de la identidad del profeta se pueden resumir como sigue.

- Es un enviado, un israelita elegido y enviado por Jahweh a su pueblo. En algunos casos la misión profética, como en el caso de Isaías, Jeremías, Ezequiel, se refiere a una llamada explícita. A veces, como Amós, se limita a una alusión esencial: «*Yo no fui profeta. El Señor me tomó, me llamó mientras seguía al rebaño. El Señor me dijo: Ve y profetiza a mi pueblo Israel*» (Am 7,14-15).

- Es un hombre de Dios. En los textos antiguos el profeta era llamado con el título de "*hombre de Dios*" (*Ish ha-Elohim*). El profeta, hombre de Dios, tiene una experiencia particular de intimidad con el Señor atestiguada por visiones, diálogos, intercesiones, en particular por la escucha.

Elías, decepcionado y desconsolado, huyó al desierto, luego subió a la montaña y en el silencio reconoció la voz del Señor en una ligera brisa (cf. 1Re 19,1-12). Luego, habiendo descendido de la montaña, Elías volvió sobre sus pasos y reanudó su misión.

El testimonio de Ezequiel también es significativo. Ante la visión de la gloria del Señor, el profeta "cayó de bruces" (cf. Ez 1,28), en un silencio lleno de asombro y temblor. Sin embargo, cuando Dios hizo oír su voz, Ezequiel se levantó y se puso en pie para escuchar a quien le hablaba (cf. Ez 2,1), en señal de respeto y disponibilidad.

El hombre de Dios, como Elías y Ezequiel, escucha al Señor y se levanta para emprender el camino. Su diálogo sencillo y sincero con Dios, como con Jeremías, puede también dejar lugar a la objeción: «*¡Ay, Señor Dios! He aquí, no puedo hablar porque soy joven*" (Jer 1,6). Puede incluso expresarse en un arrebato: «*Tú me has seducido, Señor, y yo me dejé seducir. Me he convertido en objeto de burla cada día*» (Jer 20,7).

- Es portavoz de Dios. El anuncio de la palabra de Dios es la misión fundamental que el profeta realiza a través de la predicación oral y de gestos simbólicos.

Sin embargo, la palabra que el profeta debe anunciar se le va revelando progresivamente. Por eso el profeta está llamado a escuchar continuamente y asimilar cada vez más la palabra de Dios.

Además, el anuncio debe ser mediado, es decir: adaptado a los destinatarios: es tarea del profeta interpretar la palabra del Señor y luego, con sabiduría y creatividad, encontrar lenguaje, modos y formas para transmitirla.

Finalmente, en su predicación, el profeta no debe rendirse ante los fracasos: «*Escuchen o no escuchen, al menos sabrán que hay un profeta entre ellos*» (Ez 2,5).

- Es lector de intervenciones divinas. El profeta no es un adivino, sino que lee los acontecimientos históricos, las experiencias de las personas, los comportamientos de las personas con los ojos del Señor.

Ve más allá porque, familiarizado con Dios, conoce su rostro, su justicia, su fidelidad y prevé lo que el Señor realizará.

Ante la infidelidad del pueblo, el profeta anuncia el juicio de Dios que dará rienda suelta a su ira. Invita a la conversión y tranquiliza al pecador porque encontrará el perdón y la misericordia del Señor.

Ante los abusos, la violencia y la explotación de los pobres, proclama que Dios intervendrá en favor de los débiles y marginados.

Convencido de que Dios ama a su pueblo, prevé y anuncia que un día el Señor traerá a los exiliados de regreso a su patria.

Por eso los profetas atestiguan que la última palabra es de Dios y, confiados en su fidelidad, predicen un futuro indeterminado pero cierto: amanecerá el día del Señor, un día de salvación, de paz, de renacimiento.

- Es el heraldo de la acción salvadora de Dios: el día del Señor, como día de salvación, resuena sobre todo en los profetas del exilio y del post-exilio.

Se anuncia el regreso de los deportados, la reconstrucción de Jerusalén, la presencia estable de Jahweh en el templo y en la comunidad, el renacimiento espiritual del pueblo, hasta el don de una figura mesiánica.

Toda la profecía bíblica, incluida la preexílica, se sitúa en este horizonte salvífico.

La intervención de Dios siempre tiene como objetivo la salvación.

Los castigos divinos también deben leerse en esta perspectiva.

En el Texto Masorético el libro de Josué es el primer texto de los "profetas anteriores". A su vez, Isaías es el primero de los "profetas posteriores". El texto de Oseas ocupa también el primer lugar en el Libro de los Doce Profetas. En los tres nombres, Josué, Isaías, Oseas, está presente la raíz hebrea jsh', que significa "salvación".

Se puede suponer que la intención de los redactores del canon bíblico era subrayar que no sólo los tres profetas mencionados, sino también las colecciones de libros relacionados con ellos se caracterizan por un mensaje salvífico explícito.

En cualquier caso, releendo los textos proféticos podemos afirmar que la actividad de todo profeta bíblico tiene una finalidad esencialmente salvífica: anunciar el amor de Dios, proclamar su fidelidad a la alianza, invitar a volver al Señor, fuente de vida.

- Es maestro, guía y centinela:

Con su enseñanza, el profeta es hombre de memoria: recuerda la experiencia del éxodo, de la elección y de la alianza, mantiene viva la palabra del Señor, retoma e interpreta su ley.

En su papel de guía, el profeta anima al pueblo a redescubrir su identidad y su misión, a reavivar su fidelidad a Dios, a abandonar la idolatría, a no separar el culto de la justicia social, a no buscar alianzas extranjeras inútiles.

Como centinela vigila al pueblo, denuncia abominaciones y sincretismos, advierte de la llegada del castigo divino, invita a la conversión, infunde esperanza basada en el amor y la fidelidad del Señor.

En particular, devuelve al centro el monoteísmo: Jahweh no es sólo el Dios de Israel, sino que es el único Dios.

